

# La otra mano invisible: discurso económico y control social

---

Luis Miguel Bascones<sup>1</sup>

---

«Las políticas de oferta no son, por lo demás nuevas, excepto de nombre. Su contenido es tan antiguo como la economía misma. Esta nació en el esfuerzo por entender los mecanismos del mercado y por explicar cómo las decisiones de los individuos, adoptadas en respuesta a los estímulos transmitidos por los precios en mercados libres y abiertos, podían conducir a una mejora del bienestar colectivo. El tema de los incentivos, la libertad económica y el mercado han pertenecido siempre, por tanto, al núcleo central de la economía. Lo que se ha registrado en los últimos años —una vez más, bajo la presión de los hechos— ha sido un interés renovado por los costes económicos de un conjunto de intervenciones y regulaciones acumuladas durante décadas.»

(LUIS ANGEL ROJO, Discurso pronunciado en el acto de recepción del premio Rey Juan Carlos de Economía, Banco de España, 1986).

---

**A** Smith representó la economía (el mercado) a través de una eficaz metáfora: la mano invisible. Un orden favorable y autorregulado del que derivaba la creación de riqueza. Hoy, los economistas del lado de la oferta hablan de alcanzar un «clima» de estabilidad y confianza, del que derivarán el crecimiento y el empleo. Se trata de restablecer, a través de la política económica, las condiciones del mercado «perdido», donde pueda volver a actuar la mano invisible.

La legislación laboral protectora que en la actualidad se desregula partía del reconocimiento de la desigualdad de hecho entre las partes, trabajador-empresario, a la hora de establecer las condiciones del contrato. Al Estado correspondía fijar límites a la dinámica ciega del mercado, que en esta transacción sólo ve un intercambio mercantil equivalente a cualquier otro. La expansión de los servicios sociales, como Estado de Bienestar, respondía en esa lógica a una noción de derecho ciudadano y a objetivos de cohesión social.

Las últimas crisis económicas han significado momentos de inflexión en la racionalidad económica y social. En el plano de la teoría y política económica, el paso de la inspiración keynesiana a la neoliberal: de actuar sobre la

demanda para estimular la actividad, a actuar sobre la oferta (abatar costes, procesos más eficientes) para acrecentar la competitividad. A favor de la liberalización indiscriminada del mercado, los economistas lideran una inversión de la anterior tendencia histórica, virando la proa de la modernidad hacia la tierra del capitalismo original, más microchips. Desde sofisticados modelos matemáticos o mediante argumentos de «sentido común» demuestran que el Estado de Bienestar o los derechos sociales son lujos insostenibles, un paréntesis histórico que cumplió su momento, cuando no demagogia de los políticos<sup>2</sup>. O, a la cabriola lógica, para mantenerlos o aspirar a ellos en un futuro, hay que suprimirlos, renunciar a ellos en el presente, porque son incompatibles con la razón económica.

La apertura comercial (entrada de España en la CE), procesos de valorización del capital cada vez más globales, sin fronteras ni regulación, plantean un escenario diferente a la actividad económica. La crisis propicia aquellas transformaciones y decisiones (a través de un «proceso de destrucción creativa», en palabras de Schumpeter) que hacen posible recuperar los beneficios, la tasa de ganancia y, dinamizan, por tanto, la inversión. La competitividad, valor universal en este contexto, se decide sobre todo (además por la innovación en productos, su calidad y diferenciación) mediante el abaratamiento de los costos de producción. Ahorrar trabajo y salarios se convierte en condición de supervivencia para amplias ramas productivas y numerosas empresas.

En los últimos años la *disociación* progresiva entre el movimiento económico y las condiciones de trabajo y vida de la mayoría resulta cada vez más notoria. Lo que es bueno para la economía margina a la gente; defender condiciones de vida o derechos sociales contraviene la economía. En España, el paro es funcional al abaratamiento y flexibilización de la fuerza de trabajo. En la OCDE, se percibe un horizonte de crecimiento económico sin crecimiento del empleo. En países periféricos, como los latinoamericanos, la generación y administración eficaz de pobreza, y la sobreexplotación del ambiente, son condiciones de competitividad: la opción de política económica parece traída del tiempo de Mandeville, hacen falta amplios márgenes de pobres laboriosos dispuestos a trabajar casi por nada, cuando se produce para competir y exportar.

En nombre de la recuperación de la eficiencia, los economistas sostienen la necesidad de una depreciación del valor de la fuerza de trabajo en el conjunto de nuestra economía: reducir las expectativas, pulverizar la negociación hasta lo individual, promover la autolimitación y disciplina, frenar salarios... Producir tendencialmente *sujetos mínimos*, disponibles y amoldables como el agua, flexibles a los requerimientos de la competitividad.

En la democracia de la sociedad moderna, el control social (la gobernabilidad, para quien lo prefiera) pretende ser practicado, hasta donde es posible, a través del consenso, dejando la coerción para situaciones límite. Ello depende de las percepciones y actitudes de los gobernados ante la «realidad». El discurso económico ha permeado la visión del mundo que actualizan, estructuran y construyen los medios de comunicación cada día. La legitimidad del orden proyectado depende de mantener como comprensible, inexorable y sin alternativa, el proceso de desregulación del mercado: toda la seguridad para la actuación del capital (variable independiente), toda la precariedad para la población (variable dependiente). Cuando este proceso se vuelve razonable consigue disolver su violencia y cobra sentido para los dominados. En este contexto, ¿por qué procedimientos el discurso económico contribuye a la *aceptabilidad*<sup>3</sup> del proyecto económico social?

La teoría neoclásica atribuye al Estado el papel de garantizar las condiciones de mercado para que la iniciativa privada invierta e innove, empleando y remunerando con justicia y equilibrio a los recursos y sirviendo a los consumidores soberanos (a los soberanos consumidores). Sólo el mercado sin interferencia permite el aprovechamiento máximo de los conocimientos de una mirada de individuos «libres para elegir», que como maquinitas calculadoras (el mayor beneficio a menor costo), van ajustando sus expectativas racionales a las señales e incentivos del sistema de precios. La voluntad política o la intervención estatal directa en el ámbito de la producción y distribución sólo pueden ahogar el saber y dinamismo de los individuos en su «organización espontánea» (el progreso no se puede planificar, afirma Hayek), y por tanto, retardar y obstaculizar el desarrollo, el crecimiento, el bienestar, etc.

En el razonar neoclásico la suma de preferencias y movimientos de los individuos coincide,

vía curvas de oferta y demanda, con el espacio básico y legítimo de lo social. Acción individual es idéntica a acción social. Las demás construcciones de lo público (servicios sociales, nacionalismo, legislaciones protectoras basadas en un sentido ético de igualación democrática o ciudadanía, por ejemplo) quedan connotadas como artificiales. En este sentido, tras la crisis del modelo regulador, en sus distintas versiones de inspiración keynesiana, el neoliberalismo plantea un cambio global de sentido negativo (contrarreforma), como vuelta al espacio mercantil atomizado (eso es la apertura). El logro de esta inversión compromete no sólo una estrategia de política económica sino una verdadera refundación social<sup>4</sup>. Para aquél entonces, una mano invisible como Dios premiará a los más competitivos y nos dará si lo merecemos el bienestar de mercado. Hace falta una segunda mano invisible (como el olvido de la ideología: más eficaz si más inconsciente) para andar por este camino dentro del consenso: el despliegue de un saber que, capaz de convertirse en sentido común, vuelva razonable y legítima la dominación y la exclusión<sup>5</sup>.

A diferencia del enfoque keynesiano, cuya política económica operó a través de la intervención sobre la demanda y planeación de la industrialización, los teóricos de la oferta cifran el eje del dinamismo económico en *la creación de un ambiente* propicio al desenvolvimiento estable de las «expectativas racionales» de los individuos. La mayor responsabilidad en la política económica actual es generar confianza y seguridad para los inversores. De esta forma, la dimensión comunicativa, centrada en el manejo de la percepción de los individuos sobre la realidad económica, pasa a un primer plano en la política. Al gobierno corresponde una inmensa tarea escenográfica a fin de crear una imagen de estabilidad, desplegar una publicidad de desempeños impecables, que permitan desactivar las angustias y temores ante la incertidumbre y poder así administrar las expectativas de la gente. No se trata de una mera representación de «lo real» económico, sino de la puesta en escena de simulacros o construcciones simbólicas sujetas a reglas específicas, que permitan el mayor margen de gobernabilidad desde la conformidad<sup>6</sup>.

En este artículo estudio las operaciones de un discurso económico triunfante sobre un «increíble ciudadano menguante». En su preten-

sión científica, los economistas convencionales adoptan como ideal la aparente *univocidad* y transparencia del lenguaje: una palabra, un significado; y para ello han desarrollado un grado de formalización que impresiona por lo sofisticado<sup>7</sup>. Este supuesto comunicativo tiende a considerar el lenguaje como mero *instrumento*, claro y no ambiguo, en la transmisión de los pensamientos<sup>8</sup>. La aceptación de un orden como único posible vuelve más fluida y efectiva su recepción; lo cual incluye borrar su huella humana y contingente, que siempre puede asomar la cabeza cuando resulta consciente su carácter signico<sup>9</sup>. Mc Closkey enfocó hace unos años la atención hacia el carácter narrativo y retórico del trabajo habitual de los economistas<sup>10</sup>. Aquí me propongo abordar el discurso económico como una *práctica social*. El lenguaje no como instrumento pasivo sino en su *materialidad activa*, como algo sustantivo, en sus reglas y estrategias comunicativas específicas, en sus presuposiciones y evocaciones, en sus usos metafóricos, etc., para entender «cómo construye la realidad», cuál es su efecto en la configuración de las subjetividades para el consenso, de las creencias y las expectativas, de los horizontes cotidianos en que se nos socializa. Parafraseando a Austin, «cómo hacer al decir»<sup>11</sup>.

## 1. Esperando que llueva. La naturalización del orden económico

«Mean pér nos é témos que decir  
que chóve.»

A. CASTELAO

Una de las diferencias más conocidas entre la economía y otras ciencias sociales (antropología, sociología) es que los economistas nos hablan con su «objeto», prescinden por lo común del trato verbal con los afectados para elaborar su explicación y medidas. Su concepto de *alteridad* es *objetual*. A partir de una presunción preteórica que naturaliza, cosifica el orden social, la economía se constituye como la ciencia social más «dura», émula de las ciencias físicas.

El liberalismo económico surge en el siglo XVIII a partir de aislar la riqueza como una cuestión relativa al objeto acumulado, no a la sociabilidad humana<sup>12</sup>. Este corte tendió el sue-

lo para levantar una ciencia económica en *autonomía* de la política y de la ética teológica: inventaba un dominio propio, una legalidad específica y una perspectiva de razón «natural» para explicar la parcela del mundo que versa sobre la «Riqueza de las Naciones». Lo humano es considerado en cuanto «física» de pasiones e intereses (Hobbes) o interacción de egoísmos (Smith), y el mercado, la abstracción social de estas conductas individuales, queda definido no como institución histórica, contingente, sino como un universal (antropogenético), donde la naturaleza del hombre, libre —para poseer—, deseante y egoísta, encuentra su realización posible.

El empirismo avalorativo que pretende la economía toma como dato universal un comportamiento cultural específico: el egoísmo individual en la relación productiva y de consumo. Esta creencia antropológica se convierte en profecía que se autorrealiza, produciendo la actitud y conducta que sólo pretendía describir, al explicar y conducir como mitología dominante la transformación modernizadora de nuestro tiempo. Esta modalidad de empirismo remite las normas éticas a los «hechos», tomando otras tentativas de organización social como residuales o directamente anomalías a combatir.

Dos siglos y fracción después, la economía ha conseguido extenderse como la razón civilizatoria del planeta. La ofuscación que dio posibilidad a su surgimiento como ciencia se mantiene hoy día en su explicación y proyección propositiva: la sustitución de la plausibilidad y contingencia propias de la cultura por la necesidad correspondiente al mundo físico newtoniano. De este punto de partida analógico deriva una actitud: en el ejercicio económico colectivo no interviene la voluntad o la responsabilidad social (la política), si no es para someterse al dictado unívoco de las circunstancias. Se trata, en todo caso, de una «naturaleza social» (la transparencia del sistema de precios libres) a la que no se domina sino obedeciendo. El modelo de intervención keynesiana, al basarse en la corrección de los mecanismos del mercado libre para contrarrestar su tendencia cíclica y depresiva, representó un *paréntesis anómalo* en la trayectoria del saber económico moderno<sup>13</sup>. El tratar de alcanzar desde la planeación conceptos de ética política tales como el pleno empleo, la redistribución del ingreso, el estímulo o protección de la industria incipiente, tomados como funciona-

les al dinamismo económico resulta hoy una hibridación de lógicas «antieconómica», un populismo equivocado, anacrónico e imposible de pensar.

La mimesis del modelo científico natural clásico fue común en los intentos de constitución de las ciencias sociales en la episteme positivista del XIX. Esto afectó no sólo a la economía, sino también a los inicios de la sociología en aquella época. Cercenar la noción de política (la dimensión noológica, reflexiva) del ámbito social en favor de la predictividad científica legitimaba como natural el orden social explicado. En palabras de E. Verón acerca de Comte: «No se puede seguir pensando el orden social a partir de la idea de Contrato, ya que la noción de Contrato no hacía sino consagrar la ruptura entre el orden de la naturaleza y el orden humano, bajo la forma de una intervención, sin génesis, de la razón. (...) La solución contractual era rigurosamente incompatible con el esfuerzo por articular los nuevos objetos (sociales) al orden, simultáneamente necesario y fáctico, que las ciencias empíricas comenzaban a explorar de una manera sistemática. Dar cuenta del orden social debía resultar del mismo enfoque que conducía a la determinación de las leyes de los otros dominios de la naturaleza, aunque estas leyes pudieran tener, para cada dominio, un contenido particular»<sup>14</sup>. Donde Eliseo Verón escribe «Contrato» podemos poner la palabra «intervención» o «regulación», iguales como actos de la voluntad organizada sobre el orden social, y extrapolar la nota a la cultura naturalista de los economistas neoclásicos.

El discurso económico actual elabora el *efecto de necesidad* (aceptación del orden por los dominados) desde el momento inicial de la cadena argumentativa: desde la definición misma de «la realidad». La legitimidad de un diagnóstico empírico (en un mundo naturalizado) desemboca en una funcionalidad autoritaria, donde «la» solución es siempre una y la misma: más mercado.

El punto de partida argumental, apoyado en el recurso a las «condiciones objetivas», a los «datos» y situaciones reconocidas como reales o problemáticas por el destinatario de la comunicación, establece un primer vínculo de aceptación e identificación con el discurso, investido por este procedimiento de valor de verdad. El llamamiento a «la realidad» presenta distintas versiones según la coyuntura: unas y otras con-

ducen por tautología desde las «condiciones objetivas» a las mismas medidas. En lo básico, el referente de partida se distribuye entre dos amplios tópicos: circunstancias externas y/o gravedad de la situación actual.

- a) *Circunstancia externa como determinante de la política*: Se trata del reconocimiento de procesos más allá del ámbito de control nacional, que imponen las reformas internas desreguladoras como necesidad: «el reto europeo», «la globalización», «la apertura comercial».

«La creciente integración de los mercados internacionales de bienes que ha tenido lugar durante los últimos años, como consecuencia de la progresiva reducción de las barreras al libre comercio y, en particular, de los preparativos para la creación del Mercado Unico Europeo en el ámbito de los países comunitarios, ha situado a la competitividad exterior en un primer plano (...) En particular, debemos ser conscientes de la imperiosa necesidad de adaptar el proceso de determinación salarial en nuestro país, relativamente centralizado y de ámbito nacional, a las exigencias de una economía más abierta y, por tanto, más competitiva»<sup>15</sup>.

Crisis, globalización, son asimiladas a fuerzas de origen natural o sagrado, por inexorables, ajenas a la voluntad humana, como datos que contienen su propio algoritmo de solución: no cabe sino adaptarse a ellos y someterse a sus reglas objetivas. El ajuste y la reforma estructural son adaptación a la «justicia natural» del mercado. La economía dicta «leyes objetivas», de razón.

- b) El reconocimiento de la *gravedad social de la realidad* acrecienta el valor y la urgencia del orden y la disciplina económica que se proponen como solución. En el caso español, este punto de partida conecta con las preocupaciones sentidas por la población (de con-vencer se trata) o con los sectores de mayor exclusión: el altísimo índice de *paro*, que afecta en especial a los jóvenes<sup>16</sup>. En el caso de la coacción-convicción hacia la reforma estructural liberal en economías periféricas, el argumento legitimador más socorrido para agencias de desarrollo internaciona-

les (Banco Mundial, por ejemplo) es mostrar la inaceptable situación de *pobreza* y apuntar con el dedo al paraíso de desarrollo económico al alcance de los gobiernos que tengan la voluntad de obedecer en su pauta de inserción externa (ganando la confianza de acreedores, inversores y comerciantes multinacionales) y el afán de esfuerzo y sacrificio —de sus pueblos— para acceder a los equilibrios macroeconómicos que permitirán el crecimiento que permitirá, luego, el desarrollo. Por supuesto, el realista y dramático diagnóstico de la pobreza queda asépticamente aislado de la desigualdad, cuya consideración podría mermar la «confianza» que requiere, como suelo básico, la activación económica del desarrollo. Si existe pobreza no es como consecuencia de la asimetría estructural generada por el capitalismo real, sino al contrario, deriva de la obstaculización de su desempeño productivo, «distorsionado» con «barreras» reguladoras.

En los diferentes planteamientos argumentales, el campo de la política, de la opción, del valor, es expulsado de las decisiones estratégicas. La «experiencia», la evidencia disponible, muestra que sólo la solución «técnica» de mayor apertura liberal, que deje más libre al mercado, resolverá el reto planteado por «la realidad».

Uno de los recursos retóricos que mantienen el efecto naturalizador y de necesidad en el discurso económico es la *nominalización*. Mediante la nominalización un proceso es expresado como nombre, situado en el lugar gramatical de sujeto. De esta forma aspectos cruciales del proceso quedan inespecificados, y borrada la responsabilidad humana (la que dio origen a la situación actual o el margen de las alternativas, los grados de libertad, al presente) en el esquema causal planteado. El espacio de la decisión, de lo opcional, queda elidido: son los automatismos y las necesidades del mercado, de la crisis o de la globalización quienes actúan como sujeto<sup>17</sup>.

«Las crisis que afectaron a los tipos de interés y a la relación de intercambio en los años 80 hicieron que disminuyeran los ingresos reales de la mayoría de los países en desarrollo. El ajuste requirió efectuar reducciones del consumo y el gasto público»<sup>18</sup>.

Una modalidad enunciativa habitual en la justificación de las medidas, que también sustituye la noción de política (responsabilidad) por la de naturaleza (necesidad) es la formulación de los verbos en *pasiva con ausencia del agente*. Es el complemento sintáctico de la nominalización: «La privatización es requerida por la eficiencia», «la privatización requerida».

La principal responsabilidad de la política macroeconómica se expresa a través de una *metáfora meteorológica*: establecer un «clima» de confianza. Las condiciones de laboratorio que liberen las «fuerzas» del mercado. Buena parte de los usos metafóricos presentes en el razonamiento económico proceden del «ámbito natural». Desde la analogía del modelo gas perfecto y sus estados de equilibrio para representar el mercado hasta la construcción de las «necesidades», como utilidades cuantificables, o las mismas nociones de inspiración evolucionista «crecimiento» y «desarrollo»<sup>19</sup>. También es común la evocación del paradigma *médico*: «Saneamiento presupuestario», «sanear una empresa». Sobre esta asociación se proyectan grandes eufemismos, en cuanto que dicho «saneamiento» puede significar despidos, desocupación masiva. Pero la sugerencia higiénica y científica suscita legitimaciones incluso entre sus mismos «pacientes»-víctimas.

«La mejor aportación que dicha política (macroeconómica) puede hacer en el largo plazo al fomento de la competitividad consiste en garantizar el mantenimiento de un clima de estabilidad nominal que permita un funcionamiento eficiente y transparente del sistema de precios»<sup>20</sup>.

La misma noción *libertad de precios* cobra sentido por referencia metafórica a la libertad humana. Con ella tendría en común la independencia respecto a la coerción exterior. La metáfora está lexicalizada (incorporada como uso normal, no figurativo o retórico), y su incongruencia e inversión fetichista (que los precios muestren cualidades propias de lo humano), pasa desapercibida. Induce más bien a entender que la libertad humana incluye entre sus componentes y requisitos de libertad de precios<sup>21</sup>.

La metáfora no responde tan sólo a funciones poéticas o persuasivas, estudiadas tradicionalmente. Como Lakoff/Johnson han mostrado con amplitud, cumple también una *función cognoscitiva* que permite tanto la creación como la

comprensión de referentes a partir de lo conocido. Por eso su recurrencia es tan abundante en todos los géneros discursivos. Aunque la analogía metafórica cumpla una función referencial, su efecto no queda limitado a lo denotativo. Cuando la metáfora se lexicaliza, perdiendo su sentido de figuración y su carácter «como si», puede mantener su poder evocador bajo una capa de objetivismo, como es de uso frecuente en la ciencia económica<sup>22</sup>.

La cosificación social que se desprende de las reglas enunciativas del discurso neoclásico plantea una comunicación donde la normalidad mercantil es inapelable. La función discursiva: borrar la posibilidad de pensamiento reflexivo, que signifique exploración de alternativas de racionalidad social. Esta interpelación conduce y acompaña un cambio cultural relativo a la gobernabilidad de la democracia en el capitalismo neoliberal: reduce el arco de responsabilidades del Estado. No cabe reclamar o reivindicar derechos ante la política, puesto que (hay que convencerse de ello) es el mercado en su movimiento quien impone el curso de las circunstancias y determina el carácter técnico racional de las decisiones<sup>23</sup>.

Lo económico, en la pretensión teórica neoclásica, se decide al margen de la intervención política directa: *economía y democracia* (entendida como contenido ético-social igualitario) son asignaturas diferentes. Este precepto se combina alternativamente con la identificación entre democracia y capitalismo, a través del «voto» del consumidor, que expresa y ejerce «con cada dólar» su elección: democracia es libertad (de mercado). Como en el caso de los «pobres» o los «jóvenes desempleados», la democracia es también un argumento versátil en el apoyo internacional a los gobiernos «normales» en su programa económico (por ejemplo, ante los avatares de Yeltsin, que será considerado demócrata mientras mantenga la catastrófica reforma liberalizadora). Argumento reversible: la desviación del mercado (en los términos impuestos por los organismos internacionales) es antidemocrática, y transgrede la seguridad del orden internacional. En el capitalismo globalizado (como economía y como patrón cultural), la democracia se mide por la determinación de los gobiernos en aplicar las reformas neoliberales prescritas.

El Estado tiende a desplazarse como interlocutor interpuesto ante la población excluida por el mercado competitivo, siendo sustituido por la

emergente iniciativa social voluntaria. El proyecto liberal contemporáneo configura un *mundo escindido* entre el reino de la economía «científica» y rentable, al que no se puede reclamar sino ajustarse a su ley (mercado equivalente a racionalidad-necesidad), y su resto marginal, al que se aplica una segunda lógica: la de lo humanitario y asistencial, donde se despliega un vasto espacio para las ONGs (el espacio de lo contingente, el reducto donde queda la política). Cuidando, eso sí, en no acabar, introduciendo desincentivos, con la gallina de los huevos de oro: aquellas condiciones que empujan a los individuos a «someterse a cualquier cosa que con paciencia pueda soportarse» (Mandeville), garantía de la moderna competitividad (precariedad en «nuevos servicios» como mensajería, comida rápida...) <sup>24</sup>.

Sin embargo, más allá de la retórica acerca de la retirada del Estado, del paraíso de las libertades y el retorno de la sociedad civil, la actual refundación del orden mercantil se instrumenta a través de una fuerte intervención del poder estatal. Esta coerción ha acompañado todo el proceso de su creación histórica como orden «autorregulado» (los usos de la violencia estudiados, por ejemplo, en Polanyi, desde las Leyes de Pobres a la desposesión de bienes comunales, la conquista y administración colonial, etc.). En la actualidad, el retroliberalismo surge, en primer término, como política de ajuste y corrección a una crisis. Requiere, condición inevitable, de un ejercicio riguroso del aparato estatal. Una acción de gobierno fuerte para aplicar la reforma drástica del orden social, llegando a desmontar lo que Keynes consideró «constantes históricas», como la inflexibilidad de los salarios a la baja, quebrando el poder de negociación de los sindicatos <sup>25</sup>. La «despolitización» liberal termina en el mismo punto que su capacidad de convicción para sujetar a los individuos al mercado. La disciplina «anónima» de sus «jueces sin cara» se complementa con una mezcla de política asistencial y *manu militari* para los inconformes.

La racionalidad económica contemporánea pivota sobre el sintagma *escasez* como fuerza motivadora desde el mismo momento de su definición como disciplina, y en especial a partir de Walras y Pareto. El dinamismo y el control social del funcionamiento del mercado requieren de la construcción y administración del efecto escasez entre los individuos, como margen

necesario de pobreza, o de deseo insatisfecho, o, como escasez de empleo (no de trabajo). La coerción de la escasez introduce el ascetismo y la disponibilidad necesarias a los requerimientos actuales de la competitividad.

En síntesis, la *construcción naturalizadora* de la economía procura la aceptabilidad de procesos contingentes y decisiones surgidas de un orden de dominación histórico y concreto bajo el signo de la necesidad. En este apartado no hemos sino tratado de atender al despliegue actual de la inversión ideológica que Marx denominó como el fetichismo de la mercancía: «su propio movimiento... tiene para ellos la forma de un movimiento de cosas, bajo cuyo control se encuentran en vez de controlarlas ellos» <sup>26</sup>.

## 2. La fascinación de la medida, dinero y racionalidad

«El orden social es menos rígido —por más reflexivo— que otros órdenes: al emplear una lógica más rígida para informarnos de él damos forma a un orden más rígido.»

(JESÚS IBÁÑEZ, *Las medidas de la sociedad*) <sup>27</sup>.

Max Weber avanzó el estudio sociológico de la racionalización económica del mundo, que comienza con el cálculo contable. La reducción formal y sistematicidad ligada al sistema de precios autorregulados permitió tanto el arraigo social del capitalismo (sobre la base de transformaciones radicales en el orden cultural) como el invento y progreso de la ciencia económica. El universo calculable es un universo por fin racional, cosificado. La cuantificación abre el camino al científico clásico y emancipa lo económico de validaciones morales: el criterio de desempeño incuestionable se mide en la ganancia, en la eficacia, en la competitividad, que se convierten en la única virtud legítima.

McCloskey, que introdujo en los últimos años una preocupación pionera por la «retórica» de los economistas, por sus recursos para convencerse entre sí al exponer sus argumentos, analiza el (ab)uso de la sofisticación formal-matemática: «... al convertirse al modo matemático de hablar, los economistas adoptaron una fe propia de las cruzadas... esta fe se compone del

cientifismo, del behaviorismo, del operacionalismo, de la economía positiva y de otros entusiasmos cuantificadores de la década de 1930»<sup>28</sup>. Para este autor, la sofisticación matemática que ha inundado la economía cubre de un manto pseudocientífico las explicaciones, que podrían ser más claras y favorecer el avance del conocimiento bajo formas expresivas más sencillas. En su perspectiva, la discusión racional y la demostración económica no precisan estos excesos formales-cuantitativos. Su planteamiento analítico no alcanza a sopesar la centralidad y los «efectos de realidad» que este tipo de formalización realiza, tanto al interior del saber económico como en su proyección social<sup>29</sup>.

M. Pecheux<sup>30</sup> y P. Bourdieu<sup>31</sup> han analizado un proceso similar de desarrollo de la formalización en la lingüística, que la llevó a ocupar una posición de predominio y referencia paradigmática en las ciencias sociales (presunción de ciencia «dura»), a costa de excluir de su consideración las variables contextuales, sociales, de las situaciones de comunicación. La lengua, su objeto científico, quedaba convertida en una especie de entelequia, perfecta en las ecuaciones de los lingüistas.

En su ficción de control 1984, Orwell introduce un lenguaje empleado por el Gran Hermano como arma de dominación, el «Newspeak», una lengua extremadamente simplificada que tiene por objetivo declarado hacer desaparecer la memoria colectiva, y con ella, la capacidad de pensamiento y resistencia. Cuando aplicamos esta imaginación a la tecnocracia económica actual y su discurso, el relato de Orwell parece cambiar de género y volverse costumbrista. Un término nuclear como «crecimiento» hace descansar todo el peso del razonamiento en una operación relativa al dominio de la cantidad, donde es la finalidad y el férreo carril trazado con cifras. La sola medida constituye la realidad legítima, opera como selector de lo real racional<sup>32</sup>.

Galileo, saliendo de la Edad Media, decía: «la naturaleza se expresa en lenguaje matemático». El correlato de un orden social reducido a automatismos necesarios es su expresión en cifras. Jesús Ibáñez ha señalado una correlación entre nivel de medida y nivel de constricción. La reducción económica del mundo, que expulsa los aspectos problemáticos o cualitativos, prepara el tablero para que la relación del capital desenvuelva su partida *vs.* el trabajo y la naturaleza. La ambición universalista de dominio alcanza

dimensiones caricaturescas en algunas tablas del Banco Mundial que comparan varias decenas de países bajo un solo indicador, un guarismo mágico final que contiene el mundo.

La recurrencia habitual al aparato estadístico en organismos internacionales del desarrollo para comparar el desempeño de cada país, acentúa la concepción individualizada de los procesos económicos, dejando fuera, como terreno de «lo no dicho», el plano de la estructura y los vínculos de dominación entre las partes (y se disimula la potencialidad o poder de las partes dominadas para subvertir o atravesar la ley que las confina en esta situación). Así se construye una ficción de reversibilidad en las relaciones sociales entre países o clases sociales, reducidos a lo individual y así numerados: simula un espacio de *desarrollo isótropo* (igual por todos los lados), sin asimetrías en los caminos y paredes fijados de antemano para los dominados, sean regiones dependientes, asalariados, jóvenes, mujeres, empobrecidos o indios<sup>33</sup>. Bajo el sintagma dominante «crecimiento», las preocupaciones por la desigualdad y el reparto de la riqueza resultan irrelevantes cuando no irracionales, por ir en contra de la asignación inapelable del mercado.

Esta uniformización del mundo en cantidades (en la base del avance de la ciencia económica y de la modernización), refleja la extensión de la forma dinero (equivalente y medidor por autonomía en la economía liberal) en el intercambio humano y hombre-medio ambiente. Los conceptos clave de la economía se evalúan según cálculo numérico (PIB, productividad...) expresado en precios. Aquello que no tiene precio *no cuenta* en la lógica neoclásica, es una «externalidad». La destrucción ambiental, la calidad de vida, no resultan visibles si no llevan su etiqueta en efectivo. De esta forma, la destrucción ecológica y el sacrificio social pueden incorporarse como «costo» (el «costo social del ajuste»), que, en el mejor de los casos, requiere «compensaciones», sin llegar a cuestionar el hilo dorado de la racionalidad instrumental-mercantil.

La reducción de la experiencia humana al nivel de lo medible se inscribe en un entorno competitivo basado en la comparación «más» o «menos» que el otro. Ello es parte del movimiento acelerado productivo-destructivo del capitalismo (necesita destruir para seguir produciendo y realizando valor a través de la venta) y de la dinámica del consumo («Consumo, luego



existo»). La moderna economía prolonga así un fundamentalismo que parece heredero de la teología medieval; la nueva catedral es El Corte Inglés, que, «piensa en (por) ti» y marca en forma ritual la sucesión del tiempo, de las estaciones, de las actividades de la gente («Ya es primavera en El Corte Inglés»). Con todo, el eje de la valorización del capital reside cada vez en mayor grado sobre la especulación financiera. El paso por la forma mercancía resulta cada vez más innecesario en los actuales patrones de acumulación. De forma que, esta progresiva *desmaterialización en la formación de valor* anuncia una trayectoria donde la gente, su trabajo y su consumo, resultan cada vez más prescindibles y, en consecuencia, puestos al margen de la economía. Se va abriendo el escenario de un «después» del capitalismo de consumo.

En la armonía automática del sistema de precios, del juego oferta-demanda, no caben preocupaciones o preguntas cualitativas desde lo colectivo como el *qué se produce, para quién, y cómo*, que pueden dar lugar al pensamiento o a respuestas comprometidas para el orden vigente. En el mundo de la racionalidad formal, el mecanismo dictará las cantidades óptimas.

### 3. Los caminos marcados: cómo el implícito construye el sentido

«Toda afirmación explicitada se convierte, por lo mismo, en un tema de discusiones posibles. Todo lo que se dice puede ser refutado»<sup>34</sup>. Una parte del efecto de saber, que modifica las actitudes de los sujetos y los interpela a la acción, discurre por caminos implícitos, en «la sombra» que proyecta lo dicho. Este ámbito de análisis ofrece dificultades al estudio por su propio carácter «ausente», y por encontrarse disperso y activo en distintos lugares y recursos de la comunicación. Desde las connotaciones asociadas a la elección del léxico (adjetivos cargados de valor ideológico, por ejemplo), las metáforas, hasta el orden sintáctico de los argumentos o las modalidades verbales.

Para estimular la aceptación y la participación de los sujetos en un orden dinámico y exigente, el discurso económico neoliberal representa un sistema de oposiciones y caminos y los

inviste de valores ideológicos (positivos y negativos). El discurso marca el buen camino entre el pasado desechable y el futuro deseable de la utopía mercantil. A continuación trato algunas de las oposiciones tópicas en el paradigma neoclásico actual, y los analizo en su *funcionamiento connotativo*: los pares distorsión-equilibrio y rigidez-flexibilidad, con sus campos semánticos asociados.

#### La distorsión y el equilibrio. Lo rígido y lo flexible

La bipolaridad semántica del discurso neoclásico está atravesada por connotaciones de valor, que pretenden indicar a los sujetos el sentido de la acción. La inducción de actitudes no depende tanto del contenido lógico propuesto como de las huellas de deseabilidad y rechazo vinculadas a las expresiones elegidas. Estos valores proceden de su inscripción en la formación cultural de los hablantes. Los términos económicos se originan o son compartidos por otros ámbitos de la lengua, desde el habla corriente hasta otras disciplinas científicas como la biología (equilibrio) o la física (fuerzas, autorregulación, mecanismo).

A continuación, a modo de ejercicio, distribuiré en dos columnas varias expresiones habituales del discurso neoliberal. Estas nociones forman como los nudos de sentido en el esquema explicativo. La presencia significativa del uno se define a por referencia al otro, formando un sistema. Estas dos columnas son en realidad los dos paradigmas (archivos de sintagmas equivalentes) opuestos de la narración neoclásica vigente. Si lo consideramos como mito, se trataría de un relato de *tránsito*.

«En España existe una estrecha conexión entre los principales desequilibrios macroeconómicos y las rigideces estructurales presentes en los mercados, por lo que puede decirse que ambas constituyen las dos caras de la misma moneda (...) Sin embargo, la transición hacia una estructura económica más abierta también entraña costes de adaptación. Costes que serán tanto mayores cuanto más intenso sea el proceso de remodelación del aparato productivo español resultante de la mayor competencia exterior y cuanto mayor sea la fluidez con la que se lleve a cabo dicho proceso.»<sup>35</sup>

Paradigma degradado	Paradigma deseable
Cerrado (Barrera, obstáculo, traba)	Abierto
Distorsión	Equilibrio
Opacidad	Transparencia
Rígido	Flexible
Resistencia	Liquidez
Regulación	Perfecto (imperfección, falla, anomalías puntuales)
	Sistema
	Confianza
	Libre

El cuadro podría extenderse aún. Según el orden de lectura:

*A la izquierda:* el pasado (o el presente a superar, por anacrónico), la pobreza, el paro, la irracionalidad y los sindicatos.

*A la derecha:* el futuro, el crecimiento, el empleo, la razón y los individuos competitivos.

Cada uno de estos términos porta una carga de valor axiológico (disfórico-eufórico) en la interpretación de la realidad: la percepción enlazada a la actitud. No podía ser menos. Se trata de discursos históricos, que tienen lugar en un espacio de conflicto y en la función de suscitar adhesiones al orden propugnado y conjurar la potencialidad de alternativas deseables. Como discursos legitimadores de reformas en curso, su esquema es dinámico (tesis-antítesis), convergiendo en la disolución de un mundo que abre paso a otro.

Cada categoría supone su opuesta. La «distorsión», padecimiento emblemático de la economía, supone la existencia de un orden «natural» o automático, violado por la intrusión de fuerzas extraeconómicas: regulaciones del Estado o coerción de los sindicatos. «Extraeconómico» es todo aquello que escapa a la determinación del sistema libre de precios, que es donde residen las condiciones sistémicas y racionales del orden social, las «leyes» que la ciencia económica describe y formula en matemas.

En teoría, las áreas de intervención gubernamental cubren algunas carencias patentes del mercado, referidas a su sostenibilidad política (pobreza) y ecológica, a márgenes de intervención directa en actividades de apoyo al mercado en inversiones necesarias fuera del inmediatista

horizonte mercantil: educación (capital humano), estructuras. El concepto de *falla* o *carencia* del mercado, argumento que abre el espacio a la intervención pública (subsidiaria), implica como implícito la aceptación de su funcionamiento capaz y adecuado como condición normal, siendo la «carencia» una anomalía limitada. Otro tanto ocurre con el sonoro calificativo «imperfección» aplicado al funcionamiento real del mercado. No hace falta insistir en el supuesto: el mercado en sí mismo es perfecto.

«Las notables imperfecciones y rigideces existentes en las estructuras de los mercados españoles constituyen un formidable obstáculo para obtener una evolución más favorable de la competitividad. En efecto, estas rigideces propician un crecimiento excesivo de los salarios y dificultan la movilidad geográfica, funcional y sectorial del empleo.»<sup>36</sup>

Forma tópica de distorsión de un mercado es la *protección del trabajo*, por la legislación laboral (salario mínimo, limitación del horario, carga fiscal...) o por la presión de los sindicatos en la negociación colectiva. El resultado es una reducción de la competitividad de la que se derivan en cascada todos los males: empezando por el desempleo. La conclusión es clara, adoptar una política que significa la retirada de la política: como el factor trabajo siempre está sobrevaluado, hay que dejar libre el mercado para que fije su precio de equilibrio. Responsables de la crisis, el estancamiento y el paro: sindicatos y legislación «excesivamente» protectora.

«Cuando existe un estado de equilibrio en la economía nacional, no hay desocupación. El desempleo es la consecuencia de una transformación económica. El desempleo es la consecuencia de una transformación económica. En un sistema económico exento de interferencias de la administración o de los sindicatos, el desempleo es un fenómeno pasajero, que la oscilación en la escala de los salarios tiende a corregir. Por medios apropiados, por ejemplo, mediante el aumento de oficinas de colocación, y con un mercado de trabajo enteramente libre, es decir, libre circulación de personas, libre de las coacciones que se aplican en la espontánea elección o cambio de empleo, por todos estos medios, propios del mecanismo de la economía, se llegarían a reducir a tal extremo los casos aislados de per-

sonas sin empleo, que el problema dejaría de ser un mal realmente serio. (...) La economía de un país no puede prescindir de medios que obliguen a cambiar de profesión...»<sup>37</sup>.

«En el mercado de trabajo, resulta primordial incrementar la sensibilidad de los salarios a las condiciones económicas»<sup>38</sup>.

En este punto se establece un eje semántico de oposiciones asociadas a los campos significativos *rígido vs. flexible*. Indican el punto de partida y el punto de llegada en su interpelación a la reforma desreguladora, para pasar del paradigma degradado al paradigma deseable, a la opción de futuro. El *eufemismo* con que operan estas expresiones condiciona la actitud espontánea hacia ellas<sup>39</sup>, atenúa su carga negativa y suscita su aceptación espontánea. En general, suele ser preferible un sistema flexible a uno rígido (evocación idealizada del *rigor mortis*). Sin embargo, es distinto cuando la práctica vinculada a la flexibilización implica el desmantelamiento de los niveles de protección o estabilidad de los trabajadores, que son ahora interpretados como obstaculizadores del libre juego de las fuerzas del mercado. Se trata de pasar lo sólido a líquido (liquidez = efectivo = solvencia), disolver la resistencia que pueda ofrecer el trabajo en su uso económico. Aceptar el propio deterioro en bien de la economía.

El efecto negativo de la distorsión es siempre *unidireccional*, no hay ningún término que permita pensar o imaginar su sentido inverso, una distorsión del mercado sobre el resto del conjunto social: sobre la población trabajadora, o pobre, sobre el Estado o sobre la democracia. Si los neoclásicos se alcanzan a preguntar por la capacidad del mercado para lograr los objetivos de un desarrollo integral, será por *omisión*, por dejar áreas desatendidas (ejemplo, inversión en educación, infraestructuras, asistencia a pobres sin capacidad de trabajar...): ámbitos para la competencia estatal, siempre complemento del mercado. Por lo demás no es pensable una extralimitación en la naturaleza del mercado.

La flexibilidad y la rigidez son, como el resto de los calificativos connotados, *relativos* a la perspectiva del sujeto: el régimen de esclavitud representa la máxima flexibilidad en la perspectiva del amo, y la máxima rigidez a ojos del esclavo. Trasládesse el modelo a una sociedad de clases, donde las dominantes se reservan al azar de la disposición flexible y atribuyen al resto la

necesidad de adaptación a la determinación inapelable del mercado<sup>40</sup>. La asignación de estos términos investidos por juicios implícitos de valor es función de un interés legitimador de la relación de poder del capital en la actual reestructuración económica. En ningún caso parte de estas instancias discursivas la menor referencia a la «rigidez» antidistributiva o concentradora del modelo que defienden.

La realidad se resemantiza e idealiza, se nombra a través de nuevos signos, para manipular la actitud de los sujetos ante ella. Es la sustitución de la pobreza por «pequeños empresarios», «economía informal». O la misma actual preferencia por la categoría «pobreza», más «natural» y desprovista de la carga sociológica del concepto «marginación» (sugiere que alguien expulsó al margen). La connotación positiva de algunos sintagmas es tan fuerte que tiende a imponerse como obvia e incitativa cualquiera que sea su contexto: «libertad»<sup>41</sup>, «solidarios».

Un fragmento clásico de *Alicia en el País de las Maravillas* condensa con eficacia la relevancia del control lingüístico en la administración de la realidad. Alicia se queda perpleja cuando el gato Humpty Dumpty le sugiere un lenguaje en que cada palabra significa exactamente lo que decide quien la emplea. Ella piensa que de ese modo la comunicación entre las personas sería imposible. «El asunto es —comenta con ansiedad— si uno puede hacer que las palabras signifiquen tantas cosas distintas». Humpty Dumpty replica sin vacilar: «El asunto es quién manda aquí. Eso es todo».

#### 4. Más allá del implícito: el silencio. Tabús discursivos

«Así pues, ¿qué es imposible de pensar y de qué imposibilidad se trata?»

(M. FOUCAULT, prefacio de *Las palabras y las cosas*.)

El discurso dice (y hace). Pero como la piedra que Arquímedes sumergió en el agua, al mismo tiempo que un saber ocupa su lugar, desplaza otras posibilidades cognitivas (suscita algunas, obstruye o excluye otras). La estructura del discurso es como una trama, con hilos a la vista y con hilos en el envés. Reiterando unos sintagmas y llenando el espacio de ellos, silencia otros. Al traer al mundo de la conciencia determina-

dos objetos discursivos, configurando las percepciones de forma específica, dificulta la emergencia de formas diversas de pensar y concebir (conocimiento y valor) «la realidad» (objetos excluidos). La repetición de un sintagma clave como «competitividad» lo convierte en el único idioma, que han de aceptar todos los actores, sindicatos incluidos, para poder hacerse entender como interlocutores razonables. Un idioma con implicaciones políticas. El lenguaje, instrumento del pensamiento (potencialidad) es al tiempo su determinación y límite (negación). Unas formaciones discursivas permiten mayor potencia de pensamiento, mientras que en otras (el dogma, el «Newspeak» de Orwell), el enrejado lingüístico protege a los sujetos ante la posibilidad del pensamiento. ¿Hacia dónde bascula la moderna economía?

En las páginas anteriores algunas de estas posibilidades alternativas han ido apareciendo. La configuración histórica de la disciplina define un campo propio u objeto a partir de la exclusión de las dimensiones complejas y problemáticas de lo histórico y político, consiguiendo a cambio un avance en la formalización y tecnificación de las explicaciones y procedimientos de intervención. Borrando y sujetando el peligro de la materialidad política asociada a la contingencia de un orden desigual.

La matriz discursiva neoclásica enfrenta, desde su principal estrategia comunicativa, la naturalización del campo social, marcados *tabús lingüísticos*: el poder <sup>42</sup>, la desigualdad, la explotación. El pudor tecnocrático no insiste en la funcionalidad de una tasa amplia de desempleo y precariedad para la marcha competitiva de la economía (mayor empleo sería inflacionario, la extensión de garantías laborales, rigidizante). O en que los patrones de producción y consumo practicados en las regiones «desarrolladas» y previstos en la senda del crecimiento son insostenibles si se extienden a escala planetaria. Se podrá dudar acerca del futuro de las pensiones, pero no de afectar los beneficios financieros de la banca. El despliegue explicativo permite «ver» y construir unos aspectos de la realidad a cambio de eclipsar otros.

Una de las áreas paradójicas a esclarecer en el paradigma marginalista o neoclásico es la pervivencia de un *arraigado desinterés por la contrastación empírica* junto con el reclamo tan insistente del enfoque empirista. El «modelo» neoclásico se basa en varios postulados o *pre-*

*misas de definición dogmática*, ajenos a las prácticas sociales del mundo económico-social. A veces el modelo teórico es sobrepuesto y confundido con la realidad, a veces ésta trata de ser reconducida hacia la formulación ideal, a veces se acepta un umbral inevitable de «imperfección» de la realidad. Desde la hipótesis fundante de la «mano oculta» o armonía de los egoísmos individuales, que elude y no explica los efectos perniciosos de este procedimiento, el colonialismo, la degradación ambiental, etc.; el postulado del punto de equilibrio, que no explica el paro que persiste a la desregulación, o el que países con menor capitalización sean en la práctica exportadores de capital, etc.; la formación automática y óptima del precio de las mercancías por el libre juego de oferta y demanda, cuando en el capitalismo real existen múltiples mediaciones institucionales en el proceso, empezando por monopolios y oligopolios; la libertad de elegir de los agentes económicos, a partir de información suficiente, etc.

Bajo esta consideración, el problema no se sitúa tanto en la calidad de la información empírica aportada por los economistas, o por la claridad de sus explicaciones. Ni en concienciar el implícito de sus usos retóricos. También surge una pregunta acerca de los silencios y tabús de la formación discursiva que imposibilitan o dificultan un pensamiento alternativo (transgredir la ley). Por ejemplo, la imposibilidad de pensar, dentro de este sistema categorial, los dispositivos que generan la desigualdad y al tiempo marcan los límites del cambio social concebible. El estudio del tabú discursivo encontrará respuestas diversas (¿qué es lo silenciado?) según la noción de sociabilidad que sostenga el analista.

## 5. La humanización de los fines: el supuesto teleológico de la acción económica

«Y, finalmente, que la competitividad no constituye un objetivo macroeconómico que valga la pena conseguir por sí mismo, sino tan sólo en cuanto su consecución sirva para lograr aproximarse al verdadero objetivo macroeconómico: un crecimiento sostenido que permita alcanzar los mayores niveles de vida y bienestar posibles para el conjunto de la población»<sup>43</sup>.

Más arriba indicaba la existencia de momentos privilegiados en el esquema argumental donde se establece la identidad y el consenso con los gobernados. Uno de ellos suele ser el llamamiento de partida a la «realidad», en su urgencia, en su determinación de control externo. Hemos advertido el trabajo de la naturalización, la connotación, el implícito y los tabús a lo largo del discurso. Otra operación común en la construcción de aceptabilidad se refiere a la presentación de los fines buscados, a la concepción teleológica del proceso económico. ¿Cuál es el funcionamiento discursivo de este efecto de legitimación?

Los valores ubicuos y de validez universal (rentabilidad, productividad, competitividad) y los principios asociados (pragmatismo-realismo), silencian un instante para que hable el sentido, los valores sustantivos, se exprese la aspiración de los dominados. La fría racionalidad instrumental deja paso a, o simula, una racionalidad humanizadora (que se extiende luego en el discurso solidarista de las ONGs o la cooperación). Significa un salto, sin más explicación, que parece automático, desde lo cuantitativo a lo cualitativo: por el crecimiento a la calidad de vida.

«El objetivo prioritario de la política económica consiste en mejorar el potencial de crecimiento con el fin de elevar los niveles de vida y bienestar»<sup>44</sup>.

Esta explicitación de valores finales sugiere una equivalencia o cercanía entre el bien común y el proceso económico neoliberal. Argumento reversible: obstaculizar el mercado es alterar o faltar al bienestar social. La vieja vinculación de Smith entre egoísmos individuales y bienestar colectivo en versión postmoderna.

«He intentado convencerles de la bondad de la competencia, aunque sea en un marco lleno de imperfecciones, ya que ajusta los precios a los costes marginales y promueve la eficiencia productiva tanto estática como dinámica. De las consideraciones presentadas se sigue que los costes sociales de la falta de competencia son elevados en España»<sup>45</sup>.

El objetivo final de la reforma laboral es crear empleo. Para ello hay que disolver los obstáculos que interfieren la competitividad de los mer-

cados e impiden la adaptación fluida a las condiciones económicas. El supuesto de este curso argumental es que el fin de la inversión privada y de la dinámica del capital como relación social es crear empleo y bienestar, y no la propia valorización a través de la obtención de beneficios y ahorro en los costes. Es más, las proyecciones actuales sugieren un crecimiento sin generación empleo, o crecimiento a base de precarización y penuria. ¿Vamos hacia una sociedad del ocio? Sí, por este camino, hacia el modelo de ocio somalí.

## 6. Hacia el darwinismo humanitario: el discurso económico y la aceptación de la segregación social

La marcha de la economía parece tender a consolidar y extender la segregación, a escala planetaria y al interior de las sociedades nacionales. Dos mundos: el de la razón natural, rentable y competitiva, nada que objetar; y el de la contingencia y la intervención posible: la formación de «capital humano» (la producción de accesorios servodirigidos para articular a la máquina económica) y la asistencia de las piezas defectuosas o excedentes, por procedimientos «extraeconómicos»: servicios sociales públicos (aunque en el sentir neoclásico son un costo, en cuanto forman parte del salario diferido) que dejan paso a la iniciativa humanitaria privada, a las ONGs, más descentralizadas y sensibles. La vuelta a la «autoayuda» junto con sofisticadas técnicas de administración de la pobreza y el margen, que alivien aquellos aspectos más chocantes de la exclusión (orientación focalizada de los recursos escasos). Humanitarismo de las mismas agencias financieras internacionales que imponen un orden generador de la desigualdad. Promoción de la asistencia solidaria para garantizar la seguridad de los enriquecidos y mínimos de paz civil en la fábrica social.

Para desactivar la violencia de este tránsito actúan varios procedimientos de orden cultural. Aquí hemos estudiado desempeños del discurso económico en la creación de efectos de realidad y de aceptación. Al permear los medios comunicativos, este discurso ejerce una función socia-

lizadora sobre los gobernados, a la manera de una «educación para la trivialidad», que permita aceptar la lógica parcial del mercado y la progresiva dislocación social y ecológica como un devenir razonable, como «sentido común».

La desintegración social que se expresa hoy en el aumento constante del desempleo y subempleo a escala internacional, la caída en los niveles salariales y el aumento de las desigualdades y la marginación en amplias regiones del mundo globalizado, son explicadas al margen de las decisiones humanas: provienen de la determinación de «las fuerzas del libre mercado», que nos disciplina desde su lógica autónoma para volver al sano camino del crecimiento («sacrificaos, que mañana viviréis»), como si se hablase de la gravedad o del magnetismo. Y si hay problemas en la economía, país o mundo, estos surgen de la inconformidad, de la resistencia al cambio o del corporativismo sindical. La ciencia económica neoliberal afirma que sólo se puede pensar de una manera (es decir, que no se puede pensar), que es adaptarse a su designio, por más insondable que sea para los pobres de espíritu y hacienda.

La productividad se mide hoy según la pauta de la utilidad para la estructura de poder, y no según las necesidades de todos. La competitividad se mide por los resultados de las empresas, no por la calidad de vida de la gente o el aprovechamiento ambiental sostenible. Avanzar la conciencia acerca de las estrategias comunicativas que procuran legitimar la brutalidad del mercado autorregulado bajo un aspecto de razón permitirá reformular y abrir nuevas preguntas. Indagar acerca de las implicaciones de socialidad de un saber económico determinado, aquellas que suscita y aquellas otras potenciales que excluye. En último término, no se trata de una cuestión sólo científica, sino de ética y supervivencia, de democracia y ciudadanía.

## NOTAS

<sup>1</sup> Agradezco los valiosos comentarios de Julieta Haidar, Mario Domínguez y Andrés Bilbao.

<sup>2</sup> ROJO, Luis Angel, *ibid.*: «El economista se ve obligado a recordar continuamente a la sociedad que los Reyes Magos no existen (...) La eficacia económica es un valor incómodo; otros valores le ganarán siempre la mano en atractivo y en capacidad para generar adhesiones. Y, sin embargo, el criterio económico es condición indispensable para que la realización de otros valores pueda progresar de modo duradero. El problema de las sociedades consistirá siempre en

encontrar transacciones adecuadas entre unos y otros valores; y al economista corresponde la tarea de defender la racionalidad económica en esas transacciones, ante un mundo que desearía poder olvidarse de la escasez de recursos».

<sup>3</sup> J.-P. FAYE elabora esta categoría de «acceptabilidad» a partir del estudio del discurso hitleriano y su extensión como «nueva lengua» en la conquista y legitimación del Estado por los nazis. *Los lenguajes totalitarios*, Madrid, Taurus, 1974, y *La crítica del lenguaje y su economía*, Madrid, Comunicación, 1975. La cuestión de la credibilidad, la persuasión de este conjunto de enunciados, se debate en la propia materialidad de la narración, lo que incluye su inserción en su contexto histórico. Con anterioridad ARISTÓTELES abrió el debate acerca de lo Verosímil (tó eikós), definido como el conjunto de lo que es posible a ojos de los que saben. ARISTÓTELES entiende este «posible real», la aceptación de lo cierto-necesario, en términos diferentes conforme al género o territorio del saber: sea natural, político o artístico. Véase *La Retórica*. También el monográfico BARTHES, R. *et al.*: *Lo Verosímil*, Argentina, Tiempo Contemporáneo, 1970, e IBÁÑEZ, J.: «El análisis sociológico de textos y discursos», *Rev. Int. de Sociología*, vol. 45, 1, 1985.

<sup>4</sup> ROITMAN, M.: *América Latina en el Proceso de Globalización, «los límites de sus Proyectos»*, México, CIIH-UNAM, 1994.

<sup>5</sup> Resulta al respecto en particular relevante la problemática de FOUCAULT acerca de la relación saber-poder: un poder positivo, es decir, no tanto represivo sino efectivo en su dominio a través de la producción de regímenes de saber y de verdad. Un saber que modifica y construye al sujeto, al incluirlo en formaciones y objetos discursivos, campos estructurados de reglas que condicionan su práctica social, determinando, por ejemplo, aquello que debe o puede ser dicho en una situación concreta (marcando, por ejemplo, la escisión entre razón y locura). De FOUCAULT parte también la fructífera noción de práctica discursiva, una acción social que cruza la dimensión socio-política con la comunicativa. Además sus textos, véase POO GAXIOLA, V.: *Orden del poder y saber económico: Ricardo y Malthus*, México, UNAM, 1990. AMARIGLIO, J. L.: «The body, economic discourse and power: an economist's introduction to Foucault», *History of Political Economy*, vol. 20, núm. 4, Durham, Duke Univ. Press, 1988.

<sup>6</sup> BAUDRILLARD, J.: *Cultura y simulacro*, Barcelona, Kairós, 1978; BALANDIER, G.: *Modernidad y poder; el desvío antropológico*, Madrid, Júcar Univ., 1988; VERÓN, E.: *Construir el acontecimiento*, Barcelona, Gedisa, 1983; BRUHN JENSEN, K.: «News as Ideology: Economic Statistics and Political Ritual in Television Network News», *Journal of Communication*, vol. 37, núm. 1, 1987, págs. 8-27.

<sup>7</sup> Una expresión coloquial del español de México refiere bien, usando una metáfora, esta función narrativa: «apantalla», fascina y subyuga en su envolvente halo de exactitud y misteriosa complejidad, al tiempo que interpone una opacidad sobre lo que pasa. En este sentido hace las veces de la misa en latín para el lego en la ideología de cimientos sacros.

<sup>8</sup> Acerca de esta concepción instrumental común al discurso científico clásico, FRIED SCHNITMAN, D. (coord.): *Nuevos paradigmas, cultura y subjetividad*, Buenos Aires, Paidós, 1994, etc.

<sup>9</sup> O. REBOUL analiza el fenómeno de la naturalización de las prácticas discursivas, que al aparecer en su función primaria de comunicar, ocultan otros funcionamientos simultáneos como los del poder, la ideología y el inconsciente.



Los enunciados parecen entonces fluir como objetivos, neutrales, ingenuos o transparentes. *Lenguaje e ideología*, México, FCE, 1986.

<sup>10</sup> Véase *La retórica de la economía*, 1990, y *Si eres tan listo, la narrativa de los expertos en economía*, 1993, ambos en Madrid, Alianza. Formulaciones más amplias del debate, donde distintos autores critican las posiciones de este precursor, en HENDERSON, W.; DUDLEY-EVANS, T., y BLACKHOUSE, R. (eds.): *Economics and Language*, Londres, NY, Routledge, 1993. Al parecer, crece entre los propios economistas la atención hacia el papel de las dimensiones discursivas en su actividad.

<sup>11</sup> AUSTIN introduce una distinción fundamental entre enunciados *constatativos*, los referidos a un hecho independiente del acto de habla, y *performativos* (de perform, realizar), cuando el enunciado constituye por sí mismo una acción «extradiscursiva», tiene valor de acto, esto es, crea su referente: perdonar, dictar una ley, una promesa, la declaración del juez, etc. Con este descubrimiento, centrado en el carácter «constructivo» del lenguaje, que configura nuevas materialidades, experiencias, acontecimientos, AUSTIN abrió el campo de estudio de la pragmática. *Cómo hacer cosas con palabras*, Barcelona, Paidós, 1982. Para una aproximación a los desarrollos posteriores de la pragmática, LOZANO, J.; PEÑA-MARÍN, C., y ABRIL, G.: *Análisis del discurso*, Madrid, Cátedra, 1986; BROWN, G., y YULE, G.: *Análisis del discurso*, Madrid, Visor, 1993; LEVINSON, S. C.: *Pragmática*, Barcelona, Teide, 1989.

<sup>12</sup> Véase POLANYI, K.: *La gran transformación*, Madrid, La Piqueta, 1989; DUMONT, I.: *Homo Aequalis: génesis y apogeo de la ideología económica*, Madrid, Taurus, 1982.

<sup>13</sup> En la explicación de su vigencia cabe anotar tanto su funcionalidad asociada al estado de guerra y reconstrucción productiva como la amenaza o referencia de deseabilidad del orden socialista, alternativo al «mundo libre».

<sup>14</sup> *La semiosis social*, Barcelona, Gedisa, 1987, pág. 43.

<sup>15</sup> VIÑALS, José: «La competitividad, sus determinantes y el papel de la política macroeconómica», *Papeles de Economía Española*, núm. 56, 1993, págs. 278 y 292.

<sup>16</sup> «Estos colectivos, jóvenes, parados, minusválidos, etc., se van a convertir en una suerte de punta de lanza de la flexibilización del mercado de trabajo. Ellos van a ser la coartada sobre la que se argumentará la quiebra de la relativa estabilidad y seguridad del mercado de trabajo, rebautizadas ahora como las rigideces que impiden la integración de nuevos elementos. Como toda coartada ideológica, encierra un silogismo irrefutable: de no alterarse la lógica del proceso de acumulación, resulta evidente que sólo desestabilizando a los que están dentro de él cabe integrar, también desestabilizados, a los que no lo están». BILBAO, Andrés: *De obreros a ciudadanos. La desestructuración de la clase obrera*, Madrid, Trotta, 1993, pág. 54.

<sup>17</sup> H. von FOERSTER advierte el peligro cosificador que reside en la «limitación propia de las lenguas indoeuropeas con respecto a la posibilidad de sustantivar (nominalizar), o sea, la posibilidad de convertir un verbo en un nombre o sustantivo. Cuando un verbo es transformado en un sustantivo, de repente se nos cuela adentro como si fuese una cosa. Si estamos ante un proceso que puede convertirse en una cosa, vamos por mal camino. Muchas de nuestras dificultades para comprender se deben a que constantemente tratamos con objetos que, en realidad, son procesos». FRIED SCHNITMAN, D.: *Op. cit.*, pág. 96.

<sup>18</sup> BANCO MUNDIAL: *Informe sobre el desarrollo mundial*, 1990.

<sup>19</sup> P. ACHARD analiza el amplio proceso de transferencias analógicas (a través de recursos metafóricos) desde el campo físico-biológico al saber económico, en las sucesivas escuelas económicas. Las conclusiones en el primer ámbito dan valor de verdad a los razonamientos en el segundo, borrando la huella sociopolítica de la dominación. ACHARD, P. et al.: «La biología en las representaciones de la economía. Crecimiento y desarrollo», *Discurso biológico y orden social*, México, Nueva Imagen, 1989.

<sup>20</sup> VIÑALS, José: «La competitividad...», pág. 290.

<sup>21</sup> REBOUL, O.: *Op. cit.*, pág. 138.

<sup>22</sup> HAIDAR, Julieta: «Las prácticas culturales como prácticas semiótico-discursivas», en J. González y J. G. Cáceres, *Metodología y cultura*, México, Conaculta, 1994, pág. 59. Véase también LAKOFF, G., y JOHNSON, M.: *Metáforas de la vida cotidiana*, Madrid, Cátedra, 1991; RICOEUR, P.: *La metáfora viva*, Madrid, Cristiandad, 1983; LE GUEN, M.: *Metáfora y metonimia* Madrid, Cátedra, 1978.

<sup>23</sup> La sujeción del mercado es paradójica, antinómica: en él reside la máxima libertad y el máximo sometimiento, el deseo y el sacrificio.

<sup>24</sup> El parlamento español discute en la actualidad acerca de una Ley del Voluntariado. En el contexto de paro masivo de nuestra sociedad, es probable que esta regulación favorezca la sustitución de trabajos remunerados en la actualidad por prestaciones voluntarias. La ocupación gratuita como sustituto al empleo, dada la urgencia de actividad y el margen tan limitado a la integración de los jóvenes en la economía «racional». Cuando los sindicatos cuestionen la medida, por su riesgo de aún mayor precarización laboral, se construirá una opinión pública que los tachará como antisociales y corporativos.

<sup>25</sup> FUENTE, G. de la: «El pensamiento económico latinoamericano», *Problemas del desarrollo*, julio-septiembre de 1994, pág. 88; ROITMAN, M.: *Op. cit.*, pág. 27; BURCHELL, G.: «Liberal government and techniques of the self», *Economy and Society*, vol. 22, núm. 3, Routledge, agosto de 1993.

<sup>26</sup> *El capital*, México, FCE, 1986, pág. 36.

<sup>27</sup> REIS, núm. 29, 1985, pág. 108.

<sup>28</sup> *La retórica de la economía*, Madrid, Alianza, 1990, pág. 25.

<sup>29</sup> En un reciente trabajo, A. GORZ analiza el proceso de «olvido»-supresión de la cualidad, vinculada al estilo de vida, trabajo y consumo, que ejerce el proceso de racionalización económica. Se trata de una sustitución de lógicas complejas y sustantivas, que incluyen el concepto (tan aristotélico) de autolimitación, por el «más vale más». Una resocialización de las disposiciones al consumo y al trabajo de los individuos. «He querido poner en evidencia la raíz común de la racionalidad económica y de la "razón cognitiva-instrumental": al ser esta raíz una formalización (matemática) del pensar que, codificando éste en procedimientos técnicos, los bloquea contra toda posibilidad de un reflexivo examen retrospectivo sobre sí mismo y contra las certidumbres de la experiencia vivida. La tecnificación, la reificación, la monetización de las relaciones tienen su anclaje cultural en esta técnica del pensar cuyas operaciones funcionan sin la implicación del sujeto y cuyos sujetos, ausentes, son incapaces de dar cuenta de sí mismos». GORZ, André: *La metamorfosis del trabajo*, Madrid, Sistema, 1995 —1991—, pág. 165.

<sup>30</sup> *Hacia el análisis automático del discurso*, Madrid, Gredos, 1978.

<sup>31</sup> *¿Qué significa hablar?*, Madrid, Akal, 1985, págs. 7 y ss.

<sup>32</sup> Automovilista a pastor: «Me da un cordero si le acierto

el tamaño del rebaño./ Hecho./ Son 527 ovejas./ Está bien, tome una. Por cierto, vd. debe ser el ministro de economía./ No, sólo su asesor, ¿lo dice vd. por la precisión del cálculo, supongo?/ No, lo digo porque se lleva vd. el perro».

<sup>33</sup> «El progreso, medido en grados de competitividad externa, evita establecer un criterio de mediación ética o "ideológica" que imponga una consideración histórica al grado de racionalidad y eficiencia que presenta el proceso de integración transnacional. En tanto se hace depender la modernización de la capacidad de acceso al progreso técnico y la innovación productiva, el carácter desigual y combinado del desarrollo capitalista se difumina. Y con ello también se evapora el colonialismo, el imperialismo y las formas de dominación histórica que han dado lugar a las desigualdades que hoy están presente y articulan el proceso de globalización». ROITMAN, M.: *Op. cit.*, pág. 9.

<sup>34</sup> DUCROT, O.: *Decir y no decir*, Barcelona, Anagrama, 1982, pág. 11.

<sup>35</sup> VIÑALS, José: «El reto europeo: riesgos y oportunidades para la economía española», *Papeles de Economía Española*, núm. 57, 1993, pág. 11.

<sup>36</sup> VIÑALS, José: «La competitividad...», pág. 292.

<sup>37</sup> MISES, L. von: *Socialismo: análisis económico y sociológico*, Buenos Aires, WBF, Instituto Nacional de Publicaciones, 1968 —1932—, pág. 50.

<sup>38</sup> VIÑALS, José: «La competitividad...», pág. 292.

<sup>39</sup> El uso del eufemismo modifica el sentido de un mismo

referente. Felipe González y el ministro Solbes prefieren llamar «realineación» a las depreciaciones de la peseta frente a otras divisas. El significante desplazado, que sería el «tabú lingüístico» en este funcionamiento, es la «devaluación».

<sup>40</sup> Este planteamiento es válido bajo el supuesto de juego suma cero. El «crecimiento» lo diluye al sugerir un beneficio para todas las partes.

<sup>41</sup> La «libertad de enseñanza» ha sido una reivindicación frecuente del poder clerical. Así como la «libre empresa» reclamo de los empresarios para un uso sin ningún freno de «los recursos», humanos y ambientales.

<sup>42</sup> El fenómeno del poder, no digamos ya de la dominación, no aparece sino en forma «desinfectada» de capacidad de conocimiento de la realidad social concreta en las categorías neoclásicas: «El poder de mercado se manifiesta por la capacidad de elevar el precio por encima del coste marginal» (monopolio). VIVES, Xavier: «La competencia en la perspectiva europea», *Papeles de Economía Española*, núm. 57, 1993, pág. 104. Véase PERROUX, F.: *Poder y economía*, Madrid, Ediciones ICE, 1981 —1973—, y FOUCAULT, M.: *El orden del discurso*. Cuadernos marginales, núm. 36, Barcelona, Tusquets, 1980.

<sup>43</sup> VIÑALS, José: «La competitividad...», pág. 279.

<sup>44</sup> VIÑALS, José: «La competitividad...», pág. 279.

<sup>45</sup> VIVES, Xavier: «La competencia en la perspectiva europea», *Papeles de Economía Española*, núm. 57, 1993, pág. 108.